

NAPOLEÓN PASADO POR LAS ANTILLAS HISPANAS: VERSIONES DE 1808 Y SU REFLEJO EN LOS IMPRESOS DE LAS ISLAS

MARÍA DOLORES GONZÁLEZ-RIPOLL

RESUMEN

¿Qué significó la figura y, sobre todo, el concepto elaborado alrededor del término “Napoleón” para las Antillas hispanas? ¿Para qué sirvió su imagen y múltiples discursos sobre su figura y acción?

Protagonista de la historia europea del arranque del siglo XIX, el emperador francés fue considerado en su tiempo, y en distintas latitudes, culmen del genio militar además de imagen de toda perversión y maldad. En este estudio se aborda el eco de Napoleón en las Antillas hispanas alrededor de los acontecimientos de 1808 en la península y cómo la idea sobre su persona y acción política fue continuamente modificada dependiendo de diversas coyunturas y múltiples intereses. El estudio se realiza mediante la metodología de la historia conceptual a fin de explicar las distintas vertientes de la figura-concepto en que se convirtió Napoleón y el campo semántico en que se insertó a través de impresos leídos y publicados en Cuba y Puerto Rico, así como en informes y documentos emitidos por las autoridades de las islas.

PALABRAS CLAVE:

Napoleón | Cuba | Puerto Rico | Concepto | Imagen

ABSTRACT

What did the figure of Napoleon, and especially the concept, which developed around the term ‘Napoleon’ mean for the Spanish West Indies? How were his image and the many discourses on his figure and actions used?

The protagonist of European history at the start of the 19th century, in his time, in different regions, the French emperor was considered both the peak of military genius and the image of all depravity and evil. In this study, we discuss the echo of Napoleon in the Spanish West Indies around the events of 1808 on the peninsula. We are also looking at how the idea of his person and political activity were continuously modified in various situations and depending on a range of interests. This study will adopt the methodology of conceptual history in order to explain the different aspects of the figure/concept which Napoleon became and the semantic field which he formed part of, using printed matter read and published in Cuba and Puerto Rico, as well as reports and documents issued by island authorities.

KEYWORDS:

Napoleon | Cuba | Porto Rico | Concept | Image

El año 1808 supuso el arranque en la península de las crisis de las monarquías ibéricas, un momento a partir del cual se inició un tiempo distinto, con experiencias, expectativas y realidades inéditas, como han señalado numerosos especialistas (J. Rodríguez F.-X. Guerra, J. C. Chiaramonte, A. Annino, J. M^a Portillo Valdés, J. Pimenta, R. Breña). La constitución de 1812 y la intermitente revolución liberal provocaron también la mutación del entramado simbólico que hasta entonces daba sentido a costumbres, normas e instituciones que ordenaban la vida

colectiva en lo que fue un cambio profundo y extenso en muchos terrenos, que también afectó a las palabras, cuyo “verdadero sentido” también se debatió.

De este modo, el mundo iberoamericano se convirtió no sólo en un vasto laboratorio institucional (político, constitucional) sino también conceptual, al que cada vez historiadores y otros científicos sociales están prestando más atención. Como muestran importantes publicaciones de historia conceptual sobre el ámbito iberoamericano, en su análisis se parte del sentido cambiante y contingente de los términos: de conceptos, lenguajes, vocabularios, discursos y metáforas políticas cuyo uso respondía –como responden siempre– a problemas específicos de cada sociedad en el tiempo. La historia conceptual también participa de una aproximación transnacional y tiene una dimensión comparativa de modo que, el hecho de que en distintas sociedades, del mismo periodo histórico, un determinado concepto tenga diferente importancia relativa, resulta un estímulo para averiguar las razones de posibles ajustes.

Se busca, pues, en palabras de Javier Fernández Sebastián “entender cómo se servían los sujetos del lenguaje para incidir sobre las realidades políticas que les rodeaban y moldearlas de la manera más favorable a sus propósitos o para poder responder a los sucesivos retos que planteaba una realidad agitada” (2009, I: 697).

Trascendencia del nuevo lenguaje político

Si bien desde 1789 los escritores del mundo hispano tenían presente en todo momento los sucesos de Francia, con su lenguaje tan característico y repleto de innovaciones conceptuales, la nueva situación a partir de 1808 fue tan insólita –especialmente en el mundo iberoamericano– que estimuló como nunca la creatividad político-intelectual de los agentes involucrados, quienes tuvieron que echar mano de la retórica, hacer gala de una gran inventiva y de una enorme capacidad de persuasión.

También los cambios en las prácticas culturales facilitaron la masificación del nuevo vocabulario y la similitud de los discursos a ambos lados del Atlántico gracias a la difusión de los impresos en forma de prensa política, manifiestos, proclamas, proliferación de folletos polémicos, además de la organización de tertulias, de sociedades patrióticas, la apertura de cafés y otros centros de sociabilidad (Fernández Sebastián, 2008: 105-133). Todo ello puesto al servicio de una intensa manipulación semántica y de estrategias propagandísticas que pusieron en circulación palabras mágicas y todo tipo de clichés y esquemas interpretativos cargados de connotaciones afectivas, que fueron adoptados rápidamente por una población ávida de asimilar un presente convulso; un ejemplo son los términos de “patria, pueblo o nación”, que se convirtieron en vectores de movilización y bandera de integración para un amplio sector ciudadano.

Es una época, pues, de mutación tanto de la realidad como de la percepción sobre esa realidad. Por eso es interesante cómo desde la historia conceptual también se presta atención a las metáforas, a conocer no sólo lo que se podía pensar sino también “lo que se sentía”... ya que el empleo de metáforas revelan una dimensión emocional de lo público que cada vez interesa más a historiadores y científicos sociales para analizar las normas sociales y las creencias colectivas (Fernández Sebastián, 2010).

Como señala Elias J. Palti, además, “su sentido no se encuentra en su letra, en lo que afirman; sino en lo que hacen y, en fin, aquello a lo que dan lugar” (Palti, 2013:55). Se recurre a las metáforas en momentos confusos para tratar de dar cuenta de lo que no se puede con las herramientas disponibles, es un rodeo, una forma de explicar o comprender algo en términos de otra cosa y a partir de ciertas semejanzas. Como gran metáfora de la vulneración de lo conocido en la visión hispánica del mundo –especialmente desde una clave religiosa– se halla una

figura, Napoleón, el omnipresente responsable de la convulsa situación europea e iberoamericana, cuyo nombre propio fue preferido al apellido Bonaparte o al nombre completo en sus repetidas alusiones.

Diversos autores como Jean René Aymes o Raquel Sánchez-García han señalado a propósito de la figura del emperador galo, cuán fácilmente cundieron los estereotipos de la lucha del bien contra el mal, de españoles cristianos contra franceses ateos, del orden divino contra el orden satánico, etc. (Aymes, 2008 y 2009 Sánchez García, 2008). Alberto Gil Novales ha comparado incluso esta singular psicosis con la, en su opinión, absurda idea del eje del mal de nuestros días (Gil Novales, 2009:25).

Realmente en los epítetos dedicados a Napoleón -más que los referidos a alguna debilidad intelectual del emperador francés, a quien no se le priva de su condición de genio, de ser extraordinario para bien o para mal- fueron dominantes los relacionados con la moral cristiana, en la idea de que el castigo llegaría al final para los malos. Así, Napoleón se convertirá en el anticristo, especialmente para el clero y la plebe ignorante ya que, por ejemplo, desde las filas liberales enfatizarán más que esta condición de “ajeno a la fe” -a la que desde luego tampoco escapa-, la imagen de un Napoleón como ser insaciable, ambicioso, orgulloso, presumido, duro, despótico, insolente, cruel, sanguinario, falso, falaz, perjurio, intrigante, astuto, maquiavélico, hipócrita, pérfido...

Para la mayoría predominó la demonización de la figura de Napoleón en unos textos de tintes apocalípticos, como si -en verdad- fuera a llegar el reino del anticristo, un anticristo que se identifica con la bestia de 7 cabezas del Apocalipsis y que se explica por la actitud del Napoleón hacia el Papa, el cierre de conventos, su excomulgación y, especialmente, por su reconocimiento de la religión judía en igualdad con la protestante y la católica en Francia, lo que le hizo convertirse en el anticristo esperado por los milenaristas cristianos (McGinn, 1997; Castellón, 2006).

Así, la lucha contra los franceses no sólo fue una guerra patriótica sino que se convirtió también en una contienda religiosa y, por ello, estuvieron tan presentes los miembros de la iglesia, muchos muy atareados en producir textos como gritos de salvación (Hocquet, 2008: 128) y, por ejemplo, alcanzaría otras latitudes como en Nueva España donde se exacerbó la invocación a la virgen de Guadalupe en una lucha imaginaria contra Napoleón (Terán, 1998:106).

Cuando Jean René Aymes repasa las formas en que se refieren a Napoleón adeptos y opositores, emperador los primeros, los afrancesados, y los segundos desde muy pronto desistiendo de su imagen de soberano para adjudicarle las de “usurpador”, “conquistador”; un Napoleón rebajado al rango de “Curso infame”, “monstruo sanguinario”, “compendio del mal” o “quintaesencia de la ferocidad de Córcega”..., revela con estos calificativos el uso de metáforas destinadas a exaltar la imaginación y generar un fuerte sentimiento de odio (Aymes, 2009: 514-516). Además, la figura de Napoleón se comparó con otras bien conocidas de la historia que se asociaban a un turbio trasfondo, como Cesar Borgia o Maquiavelo, en alusión a su pragmatismo, una tarea también realizada mediante sinécdoques (transformación de Napoleón en un tigre o un águila, en forma de garras, fauces, alas, etc.).

Al otro lado del Atlántico, la imagen que de Napoleón se cultivó en los textos impresos que circularon entre la población, como fuente de opinión y propaganda, no fue muy diferente. Sin embargo creo que en estas latitudes fue aún mayor la carga sobre los temas relativos a la corrupción del poder y la amenaza antirreligiosa y contra el fundamento tradicional de Dios y el rey, quizás debido a la necesidad de expresar la ferocidad de la lucha que se libraba en la península con el fin de acercarla, de sentirla como propia; con llamamientos a resistir y ayudar

económicamente y a ponderar a quienes en Europa se atrevían a enfrentarse con la fuerza de un ser semejante (González-Ripoll, 2010).

Desprovista de las connotaciones políticas señaladas y atendiendo a la realidad de la época, no hay que olvidar que la palabra “Napoleón” –además de a la figura histórica y, evidentemente derivada de ésta- dio nombre a una moneda francesa que circuló en España en la época de la guerra de la independencia. También cabe mencionar en la América de ayer y de hoy, que se pensó dar el nombre de Puerto Napoleón a una nueva ciudad que se levantaría en la bahía de Samaná en los primeros años del siglo XIX (Lemonnier Delafosse, 1975: 647) y que también la palabra Napoleón hace referencia a un “alicates” en Chile, a tela resistente para zapatos y a un tipo de vitola en Cuba, a una flor en Honduras, a un corte de pelo y hasta a un postre en el Puerto Rico de hoy (DRAE, 2001 y otros diccionarios históricos de la lengua española).

Cuba y Puerto Rico frente a Napoleón

En las islas de Cuba y Puerto Rico, desde 1808 hubo una elevación progresiva de escritos relacionados con el tema de la invasión napoleónica, si bien menor en Puerto Rico donde la imprenta llegó tan tarde como 1806 y mucho más en Cuba donde en las ocho imprentas existentes en la isla aparecieron obras inéditas y se reeditaron textos aparecidos en la península que abarcaban distintos géneros: poesía, arengas, manifiestos, informes, memoriales, cartas, etc. (Jensen, 1988; Lamore, 1993; Sánchez Baena, 1998; De la Torre, 2007).

La prensa constituyó también un buen medio para contribuir a la resistencia patriótica española contra Napoleón – ahí están *La Gazeta de Puerto Rico*, *La Aurora*, *Correo político-económico de la Habana* (1808), *El Mensajero Político, Económico y Literario de la Habana* (1809) que fue puesto en marcha por el poeta Manuel Zequeira y José Antonio de la Ossa; una prensa que fue especialmente intensa tras el decreto de libertad de imprenta de 1810 (González-Ripoll, 2013) pero también antes de esta fecha debido al ambiente de crispación y emotividad en que se vivía desde 1808, lo que Emilio La Parra ha denominado una “democratización de hecho” (La Parra López, 2010).

Es en los impresos de autoridades civiles y eclesiásticas, así como en los de súbditos letrados zaheridos por la situación de la monarquía –entre los que también se levantaron voces femeninas- donde es interesante apreciar la virulencia con que es tratada la mención –más que la figura- de Napoleón, ese gran “concepto-andadera” desde 1808. Como nunca antes, se advirtió el ascendiente de que gozaban los religiosos sobre la población y desde las instancias oficiales se les exhortaba a que se valieran de todo su influjo en los corazones de los fieles para que, “en el púlpito, en conversaciones privadas y en todos los actos en que haya oportunidad, pinten con viveza y energía nuestra situación actual, la suerte que nos espera si somos vencidos, la obligación que nos impone la religión de pelear por ella, por el Rey y por la Patria” (14 diciembre de 1808, Archivo Histórico Nacional, Estado, 7, doc. 11,).

En Puerto Rico, la línea de pensamiento oficial mostrada por su gobernador Toribio Montes contra “ese gran Napoleón para quien son estrechos los límites del mundo entero” –en palabras suyas (*La Gazeta de Puerto Rico*, sábado 26 de noviembre de 1808)-, fue seguida por el obispo de San Juan de Puerto Rico, Juan Alejo de Arizmendi, instando a los párrocos y demás fieles a lucir la cucarda o escarapela roja, símbolo de la lucha por la nación, a disipar cualquier conato de sedición, animar al ayuno y a la penitencia para combatir “la ambición del tirano Napoleón”, a organizar procesiones y solicitar dinero “para resistir al pérfido enemigo” (22 de agosto de 1808, AHN, Estado, 60, C).

La Gazeta de Puerto Rico fue un medio eficaz para expresar y explicar las razones y emociones del sentir general, aprovechando que sus páginas recogieron el llamamiento del

general francés Ferrand a los españoles de Santo Domingo; una proclama contestada desde la isla con abundantes calificativos dedicados a Napoleón, un Napoleón a quien, sin embargo, se quiere diferenciar de la nación francesa y de los franceses –en opinión de la *Gazeta*– “esclavos” y no vasallos de un “tirano” y “malvado usurpador” cuya “conducta detestable” tiraniza Europa (*Suplemento Gazeta de Puerto Rico*, 7 de septiembre de 1808, AHN, Estado, 60 C).

Con Napoleón sí se explayan a gusto: “Trono de la opresión, del despotismo y de la corrupción”, “monstruo que derrama la sangre de inocentes”, “Bonaparte mahometano en Egipto, protestante en Alemania, luterano en Prusia y católico en Italia, no conoce más religión que su hidrópica sed de engrandecerse”, “tirano infractor de las leyes de justicia, del honor y de la verdad: y celoso por seguir las del robo, de la rapiña, de la mentira y de la sinrazón”... y hasta “bárbaro coloso que abortó la miserable isla de Córcega para azote del género humano”.

Vemos cómo aparecen algunos tintes de racismo: “este Corso oscuro”; la idea repetida de la ilegitimidad de su poder: “usurpador Napoleón” y de su condición impía: “sacrílego Bonaparte”. Son estos tres ejes (bajo origen, poder ilegítimo y antirreligiosidad) sobre los que una y otra vez se construye -y “deconstruye” podríamos decir- el mito de Napoleón en el mundo hispano.

En Cuba hay toda profusión de testimonios y respuestas a la situación, algunos de cuyos ejemplos veremos: hay proclamas, avisos y arengas, poesías, conversaciones instructivas, discursos didácticos y, ya en el terreno religioso, sermones, oraciones fúnebres y acciones de gracias. Como en Puerto Rico, la autoridad gubernativa colonial cubana en los años de la invasión napoleónica de la península, el marqués de Someruelos, emitió proclamas que fueron impresas y colocadas en lugares visibles de las ciudades y pueblos advirtiendo del “odioso extranjero de insaciable ambición”, también titulado “*Genio de la desolación*”, como figura visible de la violencia y del Maquiavelismo del Gobierno francés”. Es interesante reparar que, como en los primeros textos, también aquí se distinguirá a Napoleón de “los mismos franceses, esa nación ilustre, generosa y digna de mejor suerte” (Sommeruelos, “Proclama. Habitantes de la isla de Cuba, hijos dignos de la generosa nación española”, Habana, 17 de julio de 1808, AHN, Estado, 59, A, 7).

En otra proclama de agosto de 1808, Sommeruelos abundaba todavía más en Napoleón como “pérfido y alevoso espíritu nacido para oprobio y azote del género humano”, como “el Tirano más poderoso y más feroz que afligió nunca a los hombres”, a nación alguna” y “que conocieron los siglos”, para también acusar a la isla de Córcega como “patria de todo género de abominaciones” (“Generosos habitantes de la isla de Cuba”, Habana, 8 de agosto de 1808, AHN, Estado, 59, A, 23).

La dimensión excepcional de los acontecimientos y el menor rigor de la censura agudizaron la vena poética de autores conocidos y anónimos que elaboraron textos para ser recitados en público reforzando la emoción de lo transmitido mediante el gesto, el volumen de la voz y la entonación (Pérez Villanueva, 1991:361). Un ejemplo es la *Exclamación poética escrita con motivo de la usurpación perpetrada en la persona augusta de nuestro monarca el señor Don Fernando VII el adorado*, que Manuel Zequeira publicaba en la Imprenta del Gobierno, en La Habana en julio de 1808 y donde se enfrentaban dos pueblos, el del “monstruo de la Francia” que miente, que insulta y “va derribando los tronos de la Europa y los altares” y el de los hijos de Numancia” (Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, Folleto, c 200, n° 1).

Las mujeres también necesitaron expresar sus sentimientos en público aunque, como siempre, escudándose en el anonimato. Así una “*fiel vecina de la Havana*” en unas *Décimas y octavas a la perfidia de Napoleón 1º* abundará en los tres consabidos elementos de ilegitimidad,

origen humilde y antirreligiosidad: “que abrasen al tirano cual centellas. Cuando las señales que traes en tu semblante, fiera odiosa, son de la usurpación; Levantad las católicas cervices” pues que debes tus ruinas a un plebeyo, no al magno Macedón, ni al gran Pompeyo” (Habana, Impr. Esteban Boloña, 1808, BNCJM, 082 Morales, t. 20, n° 15).

Por su parte y como se avanzó, los representantes de la iglesia como brazo propagandístico del poder entre la mayoría de los habitantes de la monarquía, expresaron alegrías y penas en sermones y plegarias. En un sermón de acción de gracias por la exaltación al trono de Fernando VII celebrado en la capilla de la fábrica de tabacos de La Habana en agosto de 1808 se denunció las “sacrílegas y sangrientas manos del obstinado e infernal faraón de la Francia o más bien dicho de su Emperador Napoleón primero”, “ese soberbio monstruo del horror y de la abominación universal quien, por el peso de sus mismas abominaciones será sepultado repentinamente en las entrañas de la tierra o será convertido en estatua de sal” (Sebastián de Rives, 21 de agosto de 1808, AHN (Madrid), Estado, 59,A, 251).

En una *Oración fúnebre* por los Patriotas caídos en los combates en la península, se hacía patente la fuerza de las exposiciones públicas como fórmula para arrastrar al pueblo a percibir como propio el pesar de la lucha: el mismo orador exclama que al escuchar de su boca “la pintura de los horrores de la presente guerra en nuestra Península” podía sentir “los afectos de ternura y sensibilidad y las dulces lágrimas que humedecieron las mejillas de toda la Real Sala, y del numeroso auditorio”. Señala que “el terror y la muerte precedían las Águilas del Imperio” y los “proyectos ambiciosos de Napoleon I” cuyos frutos son todos los Cismas y Herejías conocidas hasta ahora, fundando un anticristianismo tiránico, sostenido por la fuerza de sus armas, aventajando en esto a los Calígulas y Nerones” (*Oración fúnebre que en las solemnes exequias que el venerable Clero de la villa de Santa María del Príncipe, Diócesis de Cuba, dedicó en sufragio de los valientes Patriotas que sacrificaron sus vidas en defensa de nuestra religión, de nuestro rey, y nuestra patria dijo a presencia de la Real Audiencia del distrito el Dr. Don Félix Veranes, Ex catedrático del texto de Aristóteles en la Real y Pontificia Universidad de la Habana. socio de número de la Real Sociedad Patriótica de dicha Ciudad, y Capellán de la Real Armada en la Parroquia de Nuestra Señora de la Soledad el día 10 de octubre de 1808, con las licencias necesarias, impreso en Cuba por Don Matías Alqueza, BNCJM, Folleto, c 215, n° 4*). Como era de rigor, toda la oración identifica la idea de la defensa de la patria con la defensa de la religión católica, insistiendo en una guerra santa donde la sangre derramada servirá para expiación de los pecados.

Algunos se acercaron a la realidad con escritos en cierto modo “ficcionalizados”, en los que simulaban diálogos destinados a difundir opiniones y definir posiciones. Así, bajo el seudónimo “el patán marrajo” (o el astuto hombre de pueblo), José de Arazoza –copropietario, además, de la imprenta del gobierno y capitanía general- publicó en noviembre de 1808 lo que tituló *Conversación del cura de una aldea con dos feligreses suyos, refutando la nueva ilustración francesa*. Remontándose a la revolución de 1789 para reprochar la muerte de los monarcas en la guillotina aunque reivindicando a los hombres de letras como Buffon, la crítica se centra enseguida en “los efectos de la libertad filosófica promovida por Voltaire, encaminada a “corromper los espíritus, depravar las costumbres” (Arazoza, 1808: 16) y en nombre de la libertad e igualdad mostrar desprecio absoluto por la religión y el sacerdocio.

Para los participantes en esta conversación, la conducta de los franceses de lo que llaman “la nueva ilustración” es “escandalosa y criminal”, por haber cometido más terribles atrocidades en sus guerras con otras naciones que los bárbaros caribes, como señalan explícitamente en el texto, una comparación que no será muy usual; sí, lógicamente, la contraposición entre franceses y españoles que se salda con la exaltación de “la sencillez y naturalidad de los Españoles” y –de nuevo- la mención de Voltaire como ejemplo del desprecio intelectual

a “la santa religión católica” de cuyas obras se exclama: “¡Ojalá que en Francia se hubiesen quemado, según se ha hecho en España!” (Azagoza, 1808: 12).

Llegados a la figura de Napoleón como sucesor de “aquel legítimo y nobilísimo Rey Luis dulce y benéfico” e “incapaz de rudeza o rigor”, no se escatiman calificativos: infame, inicuo, ladrón, atea, pérfido, sanguinario; como en otras ocasiones se cuestiona su modo de llegar al poder, así como su condición plebeya: “ese Corso de vil y oscuro nacimiento” señala el texto (Arazoja, 1808: 13). Resulta muy interesante, sin embargo, la mención por el cubano Arazoja de ciertos términos que, en el fragor conceptual de la época, se antojan mágicos por el efecto que provocan: “*regeneración política, beneficencia universal, humanidad, felicidad, y protección todopoderosa*”, en opinión de Arazoja meras pantallas de Napoleón por haber robado, saqueado, incendiado, y llenado de horror y sangre a los pueblos de Nápoles, Alemania, Prusia, Italia, Etruria, Holanda, Portugal y España (Arazoja, 1808: 13).

Napoleón culmen de todos los horrores: capacitado para “corromper toda la naturaleza humana” y según el llamado tío Antón, uno de los participantes en la conversación publicada, debería estar su nombre en los diccionarios de todos los idiomas, significando Napoleón “la recopilación de todos los vicios y maldades” (Arazoja, 1808: 14). El conocimiento sobre el emperador francés es amplio y su descalificación continúa con la acusación de nepotismo, por colocar al frente de gobiernos y ministerios a miembros de su familia cuyas personalidades y humildad de orígenes también se desentrañan. Una familia tan mala, señala el texto, que si pudiera uno de los contertulios “los pondría a todos en una jaula de hierro y luego de pasearlos por toda Europa, les daría su merecida pena” (Arazoja, 1808: 16).

La responsabilidad atribuida a Godoy es mayúscula como ejemplo de mal gobierno de la monarquía hispana, quien es tachado de traidor, de déspota, de ambicioso insaciable, calificativos ya acostumbrados a la figura del Napoleón. A Godoy se atribuyen políticas nefastas en relación con América como la paz de Basilea, así como otras de índole más doméstica como el desprecio por las artes y agricultura, el olvido del mérito, el imperio del soborno, la imposición de nuevos derechos, la destrucción de las escuadras, la falta de salarios, etc. (Arazoja, 1808: 17).

A finales de 1808 se ponía en circulación en La Habana otro impreso titulado “Discurso paralelo entre la antigua y moderna España sobre la guerra declarada a Napoleón Bonaparte” por Juan Manuel Merín Pilar y Manzano. En él de nuevo Napoleón es el “peligro Corso”, de cuyas artes seductoras había que escapar para no caer en el espejismo de “la felicidad futura a la que Francia convidaba” (29 de diciembre de 1808, AHN, Estado, 58,B, n. 29-30). Merín alude también a la envoltura de refinada elocuencia del discurso racionalista napoleónico con que las Galias ofrecían la ponzoña a “los Americanos”. Como puede apreciarse, de nuevo está presente la alusión a los conceptos nuevos puestos en circulación que marcarán la época de transición a la modernidad.

Años más tarde seguía hablándose de las seducciones de Napoleón aunque ya con otros matices más en clave de política interna de la monarquía. El texto publicado en La Habana en 1811 por Francisco Figuera de Vargas, alcalde del Crimen de la Audiencia de México y socio de la Sociedad Patriótica de México y de La Habana llevaba por título *La unión indisoluble. Aviso a los incautos americanos contra las seducciones de Napoleón Bonaparte, y máximas de los nuevos filósofos*. Su autor, además de afianzar la condición de los americanos españoles como parte integrante de la monarquía y de remarcar que no existía diferencia entre europeos y americanos, se preguntaba por las consecuencias de la crisis en marcha: “¿podrá haber razón para que en tiempo alguno demos entrada al más leve pensamiento de separación de nuestra madre patria y hermanos europeos” (Figuera de Vargas, 1808: 6-7).

Aquí de nuevo la contienda política es al mismo tiempo de carácter religioso pero ahora en el contexto americano. Para frenar la “ambición de la más cruel hiena” -ese es ahora Napoleón- se pide a los americanos que se mantengan unidos y que “ayuden a vengar la religión, las leyes y la patria, pues es una la causa, que “lejos de llegar a ser esclavos del más vil de los tiranos, seremos hombres no contaminados de ateísmo” (Figuera de Vargas, 1808: 15-16).

A los “fieles habitantes” del “nuevo mundo” se les exhorta a temer el libertinaje a que dará lugar la separación de la madre patria y a cómo serán reducidos a esclavos “de un extranjero”, una realidad de funestos colores fundada en la personalidad de Napoleón y su sistema de gobierno: “que no respeta a Dios, ni a las potestades temporales, que sacrifican a cuantos se oponen a la irreligión y libertad de conciencia; Y concluye nuestro autor entre México y Cuba, Francisco Figuera de Vargas, haciendo un llamamiento a los americanos a no abrir la puerta a la innovación que los separe de la madre patria y a no ver con indiferencia los estragos que ha causado recientemente en Francia y otros estados “la hidra encubierta” (Figuera de Vargas, 1808: 25-26).

Avanzado el tiempo, en 1813 seguirá con más virulencia, si cabe, la peculiar imagen de Napoleón como destructor “intelectual” de la tradición monárquica y religiosa fusionada con una visión apocalíptica del futuro inmediato. Así, resulta tan expresivo el título siguiente: *Alarmantes indicios del fin del mundo por los cuales se infiere que Napoleón es el precursor del anticristo o que ha de tener su nombre el que lo sea* (Habana, 1813).

Un anticristo que será la gran metáfora, la imagen preferida que muestra al enemigo del bien y ya viejo conocido de tantas gentes que, como señalaba Marta Terán para el contexto de la independencia, crecieron o maduraron odiando a Napoleón en las dos orillas del Atlántico (Terán, 1998: 125).

Bibliografía

- Annino, Antonio y Ternavasio, Marcela (coords.) (2012). *El laboratorio constitucional Iberoamericano: 1807/1808-1830*. Madrid- Frankfurt am Main: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, Iberoamericana, Vervuert.
- Aymes, Jean René (2008). *La guerra de la independencia en España (1808-1814)*. Madrid: s. XXI.
- Aymes, Jean René (2009). *La guerra de la independencia (1808-1814): calas y ensayos*. Madrid: CSIC-Ed. Doce Calles.
- Breña, Roberto (2012). *El imperio de las circunstancias. Las independencias hispanoamericanas y la revolución liberal española*. Madrid: El Colegio de México, Marcial Pons Historia.
- Castillón, Juan Carlos (2006). *Amos del mundo: una historia de las conspiraciones*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Chiaramonte, Juan Carlos (2010). *Fundamentos intelectuales y políticos de las independencias. Notas para una nueva historia intelectual de Iberoamérica*. Buenos Aires: Editorial Teseo.
- De la Torre, Mildred (2007). *La mirada hacia fuera: visión de Francia en Cuba (1790-1824)*. En *Voces de la sociedad colonial. Economía, política e ideología, 1790-1824* (pp. 185-232). La Habana: Ed. Ciencias Sociales.
- Fernández Sebastián, Javier (2008). *La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político. ¿Una revolución conceptual?* En Alfredo Ávila y Pedro Pérez Herrero (Eds.), *Las experiencias de 1808 en Iberoamérica* (pp. 105-133). México: UNAM- Universidad de Alcalá.
- Fernández Sebastián, Javier (2009). *Liberalismos nacientes en el Atlántico iberoamericano. «Liberal» como concepto y como identidad política, 1750-1850*. En Javier Fernández Sebastián

- (Dir.), Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850, I (pp. 695-731). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Fernández Sebastián, Javier (2010). *Las revoluciones hispánicas. Conceptos, metáforas y mitos*. En Roger Chartier; Robert Darnton; Javier Fernández Sebastián y Eric van Young, *La Revolución francesa: ¿matriz de las revoluciones?* (pp. 131-223). México: Universidad Iberoamericana.
- Fernández Sebastián, Javier (Ed.) (2012). *La Aurora de la Libertad. Los primeros liberalismos en el mundo iberoamericano*. Madrid: Marcial Pons.
- Fernández Sebastián, Javier y Gonzalo Capellán de Miguel (Eds.) (2013). *Conceptos políticos, tiempo e historia*. Santander-Madrid: Editorial de la Universidad de Cantabria, McGrawHill Interamericana de España.
- Gil Novales, Alberto (2009). *Prensa, guerra y revolución. Los periódicos españoles durante la guerra de la Independencia*. Madrid: CSIC-Ediciones Doce Calles.
- González-Ripoll, M^a Dolores (2010). *La guerra de la independencia española contra los franceses (1808): textos y visiones desde el Caribe*. Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas/Anuario de América Latina, 47, 59-83.
- González-Ripoll, Loles (2013). *Libertad de imprenta y reputaciones públicas en Cuba a través del periódico La Lancha (1813-1814)*. En José Buscaglia (ed.), *Las ideas y el ámbito público en el primer período constitucional antillano, 1801-1837*, dossier de La Habana Elegante (segunda época), otoño-invierno, 54, en línea el 26 de septiembre de 2013 <http://www.habanaelegante.com/>
- Guerra, François-Xavier (1992). *Modernidad e Independencias*. Ensayos sobre las Revoluciones Hispánicas. Madrid: Ed. Mapfre.
- Hocquelllet, Richard (2008). *Resistencia y revolución durante la guerra de la independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*. Zaragoza: Prensas universitarias.
- Jensen, Larry R. (1988). *Press, Politics and Culture in Cuba, 1790-1840*. Tampa: University Presses of Florida.
- La Parra López, Emilio (ed.) (2010). *La guerra de Napoleón en España. Reacciones, Imágenes, conveniencias*. Madrid: Casa de Velázquez.
- Lamore, Jean (1993). El año 1808 en Santiago de Cuba. En *Les Français dans l'orient cubain* (pp. 59-65). Bordeaux: Maison des Pays Ibériques.
- Lemonnier Delafosse, Jean Baptiste (1975). *Segunda campaña de Santo Domingo. Guerra dominación francesa de 1808*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- McGinn, Bernard (1997). *El anticristo: dos milenios de fascinación humana por el mal*. Barcelona: Ed. Paidós.
- Palti, Elias José (2013) *Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje*. En Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel (Eds.) *Conceptos políticos, tiempo e historia* (pp. 31-59). Santander-Madrid: Editorial de la Universidad de Cantabria-McGrawHill Interamericana de España.
- Pérez Villanueva, Joaquín (1991). *La guerra de independencia. Batalla polémica. Las armas y las plumas*, En *Estudios de historia moderna y contemporánea: homenaje a Federico Suárez Verdeguer* (pp. 361-394). Madrid: Rialp.
- Pimenta, Joao Paulo G. (2007). *Brasil y las independencias de Hispanoamérica*. Castelló de la Plana: Universitat Jaume I.

Portillo Valdés, José M. (2006). *Crisis Atlántica. Autonomía y independencia de la monarquía hispana*. Madrid: Marcial Pons.

Rodríguez O., Jaime E. (coord.) (2005). *Revolución, independencia y las nuevas naciones de América*. Madrid: Mapfre-Tavera.

Sánchez Baena, Juan José (1998). *La cultura impresa en la Cuba colonial. Análisis sobre la difusión de las ideas*. Murcia: Universidad de Murcia.

Sánchez-García, Raquel (2008). *La historia imaginada. La guerra de la independencia en la literatura española*. Madrid: CSIC-Ed. Doce Calles.

Terán, Marta (1998). *La Virgen de Guadalupe contra Napoleón Bonaparte. La defensa de la religión en el obispado de Michoacán entre 1793 y 1814*. *Estudios de Historia Novohispana*, 19, 019, 91-129.

María Dolores González-Ripoll

Doctora en Historia. Científica Titular en el Instituto de Historia (CSIC, España). Entre sus publicaciones se encuentran: *Cuba, la isla de los ensayos. Economía y sociedad (1790-1815)*, 1999; *Vida de José Julián Parreño, un jesuita habanero*, 2007; coautora de *El rumor de Haití en Cuba. Temor, raza y rebeldía, 1789-1844*, 2004 y coeditora de *Francisco de Arango y la invención de la Cuba azucarera*, 2009 y de una *Historia de las Antillas no hispanas*, 2011.
Correo electrónico: loles.gonzalez-ripoll@cchs.csic.es